

la antigüedad pronunciaron la condena de Esparta, y la posteridad la ha aprobado (1). ¿Por qué la ciudad de Licurgo desempeña un papel tan indigno de su virtud militar en la gran lucha entre los Helenos y los Persas? Es que pesa una maldición sobre los gobiernos de privilegio, llámense teocracias, aristocracias ó monarquías absolutas. En cuanto los gobiernos tienen un interés propio en la dirección de la sociedad, el egoísmo triunfa necesariamente sobre el deber. No se consideran ya como los órganos del Estado, sino como sus señores; es su patrimonio, y usan y abusan de él como un propietario de sus cosas. Este fué el vicio de la aristocracia lacedemonia. ¿Qué le importaban el honor y la gloria de la Grecia? Si se hubiese sabido conciliar la guerra contra los Bárbaros con su dominación, tal vez la hubieran emprendido los Espartanos, como se dice que lo proyectó Agesilao. Pero desde el momento en que la guerra de Asia amenazaba comprometer su influencia en las ciudades griegas, abandonaron la expedición contra los Persas para volver sus armas contra la democracia, del mismo modo que se desecha un medio cuando no conduce al fin. Cayeron. ¡Gran enseñanza para los partidos políticos! El egoísmo ciega á aquellos á quienes inspira; sus más bellos proyectos se derrumban como un palacio edificado sobre la movediza arena del desierto. No hay más que una política que sea segura al par que gloriosa, y es la del deber y del sacrificio hácia los intereses de la humanidad.

(1) DIODOR., XV, 1.—POLYB., IV, 27, 4-6.—CICER., *De offo.*, II, 7.

CAPITULO IV.

LA HEGUEMONÍA DE TÉBAS.

§ I.—Los Beocios.—Epaminóndas.

Todo el mundo sabe que el nombre de Beocio ha llegado á ser proverbial para designar una inteligencia obtusa. Los antiguos dirigen censuras más graves á los Tebanos; los representan como hombres que no tienen respeto alguno hácia el derecho, y dicen que entre ellos dominaba la fuerza (1). Orgullosos con el vigor de su cuerpo (2), creíanse superiores á los demas Griegos. Demóstenes habla de su estúpido orgullo (3); comparándolos con sus conciudadanos dice que estaban más envanecidos de su política cruel é inicua que los Atenienses de su humanidad y de su justicia (4). No merecen los Beocios todas las acusaciones que los ingeniosos habitantes de Atenas lanzaban sobre sus vecinos. Armonia, hija de Marte y de Vénus (5), la diosa tutelar de Tébas, suavizó la vehemencia de sus pasiones. Miéntras que en toda la Grecia era permitida y casi fomentada por las leyes la exposicion de los niños, en Tébas era castigada con la pena de muerte (6). Solamente

(1) DICAEARCH: θρασεί;—καὶ ὄβριστοὶ καὶ υπερήφανοι πλήκται τε καὶ ἀδιάφοροι πρὸς πάντα ξένον καὶ δημότην. κ. τ. λ.—C. ARISTOT., *Rhet.*, III, 4.

(2) DIODOR., XII, 70; XV, 39.

(3) DEMOSTH., *de Coron.*, § 35, p. 237: ἀναλγησία, βαρύτης; *id.*, § 43, p. 240. ἀνάισθητοι Θεβαῖοι.

(4) DEMOSTH., *C. Lept.*, § 109, p. 490.

(5) PLUTARCH., *Pelop.*, 19.—JAKOBS, *Vermischte Schriften*, t. III, p. 162-164.

(6) AELIAN., V. H., II, 7.

los Tebanos, entre los Griegos, adoptaron como regla el conceder la libertad mediante rescate á los prisioneros (1). Sus acciones desmintieron más de una vez las injurias de los poetas y de los oradores de Aténas. Aquellos mismos Tebanos á quienes se echaba en cara la ferocidad desde lo alto de la tribuna ateniense, arrojaron las amenazas de Esparta y recibieron á los desterrados arrojados de su patria por la opresión de los treinta tiranos. Los Espartanos, abusando de su hegemonía, mandaron á los Tebanos entregar los refugiados á sus verdugos. A esta orden impía, respondieron los Tebanos por un decreto que *Plutarco* declara digno de las empresas de Hércules y de Baco; decía: «Toda ciudad y toda casa estará abierta en Beocia á los atenienses que vengan á pedir asilo. Todo tebano que no haya prestado auxilio al fugitivo á quien se trata de llevar, pagará un talento de multa. Si pasase alguno por la Beocia con objeto de llevar armas á Aténas contra los tiranos, ningún tebano debe ver ni oír nada de ello» (2). Tránsito partió de Tébas para libertar á Aténas.

Tébas no hace más que aparecer en la historia; brilla un instante como un brillante meteoro, por mejor decir, son dos hombres los que hacen su gloria (3). Antes de Epaminondas no había desempeñado más que un papel secundario en los asuntos griegos; después de su muerte vuelve á caer en la misma oscuridad. La única cosa notable en la existencia de Tébas antes de su efímera hegemonía, fué un ensayo de confederación entre las poblaciones beocias; pero esta tentativa de unidad era tan imperfecta que apenas merecía el nombre de liga (4). Las catorce ciudades confederadas gozaban de completa libertad en lo que se refería á su organización interior. La decisión de los asuntos importantes pertenecía á las asambleas generales de los Beocios. Para dirigir los intereses comunes, enviaban las ciudades *beotarcas* á Tébas; éstos mandaban los ejércitos en la guerra. Tébas era potencia dominan-

(1) PAUSAN., IX, 15, 4.

(2) PLUTARCH., *Lysand.*, 27.

(3) POLYB., VI, 43.

(4) MÜLLER, *Orchomenos*, 396 y sig.—SAINTE-CROIX, *De los gobiernos federativos*, p. 211-214.—MANSO, *Sparta*, t. III, *Beilage*, p. 58 y sig.—RAUL-ROCHETTE, *Memoria sobre el estado federativo de los Beocios* (*Memorias del Instituto*, t. VIII, p. 214-241).

te; aún pretendía ejercer sobre las ciudades beocias los derechos de una metrópoli. Esta hegemonía local era tanto más opresiva cuanto que estaba circunscrita á límites reducidos. La opresión no puede fundar jamás una verdadera unidad. La liga tenía, á la verdad, un lazo en la religión; fiestas comunes reunían á los Beocios; pero estas reuniones no tanto tenían por objeto las deliberaciones como los festines y los juegos, y no impidieron que la desunión de los Beocios llegase á ser proverbial (1).

Con estos elementos anárquicos quebrantaron Pelópidas y Epaminondas el poder lacedemonio, y elevaron su patria al rango de estado preponderante. Los antiguos colocan á Epaminondas en primera línea entre todos los grandes hombres de la Grecia (2). La posteridad ha aprobado este juicio por el órgano de uno de los mayores genios de los tiempos modernos: «Si se me pidiese, dice *Montaigne*, escoger entre todos los hombres de que he tenido conocimiento, me parece que encuentro tres que aventajan á todos los demás. El uno, Homero; el otro, Alejandro el Grande; el tercero y el superior de todos, en mi opinión, Epaminondas. Los Griegos le han concedido, sin contradicción, el honor de considerarle como el primero de los suyos; pero ser el primer hombre de la Grecia es ser fácilmente el primer hombre del mundo» (3). No podemos seguir al gran escritor en la apreciación detallada que hace de su héroe favorito. No hay más que un rasgo de su carácter que nos interese, y es su humanidad; para pintar esta virtud tan rara en la antigüedad, seguiremos copiando el admirable lenguaje de *Montaigne*; «Yo he puesto á Epaminondas en la primera fila de los hombres notables, y no me desdigo. Hasta tal punto llevaba el cumplimiento de sus deberes, que no mató nunca á hombre á quien hubiese vencido; que, aún tratándose del inestimable bien de la libertad de su patria, hacía caso de conciencia el matar á un tirano ó á sus cómplices faltando á las for-

(1) ARISTOT., *Rhetor.*, III, 4.

(2) CICER., *Acad.*, I, 4: «Epaminondas, princeps, meo iudicio, Græcia.»—C. CICER., *de Orat.*, III, 34.—DIODOR., XV, 88.

(3) MONTAIGNE, II, 36.—REAUMER (*Vorlesungen über die alte Geschichte*, t. II, p. 42) forma el mismo juicio sobre Epaminondas.—DAUNOU (*Curso de estudios históricos* t. VI, p. 57) coloca á Epaminondas por encima de Alejandro.

mas de la justicia, y que tenía por malo, aún cuando fuese un buen ciudadano, á aquel que en la batalla no perdonaba entre los enemigos á su amigo y á su huésped. ¡Alma generosa y rica en sentimientos! Unia á las más rudas y violentas acciones humanas la bondad y la humanidad más delicada que pueden hallarse en la escuela de la filosofía. ¿Fué la naturaleza ó el arte quién suavizó aquel valor tan entero, hinchado, y obstinado contra el dolor, la muerte, la pobreza, hasta el punto de conseguir tan extremada dulzura y benignidad de carácter? Terrible en la guerra, va atropellando y destruyendo á una nación invencible para cualquier otro que no fuera él, y cambia de dirección en medio de la pelea por evitar el encuentro de su huésped y de su amigo. Ciertamente dominaba la guerra aquel que le hacía sufrir el freno de la benignidad en el momento de su mayor ardor, espumosa de furor y de rabia» (1). En confirmación de este magnífico elogio citaremos un rasgo exquisito que parece no haber sido observado por el autor de los *Ensayos*. Los Tebanos, más humanos con sus enemigos que con sus conciudadanos, concedían la libertad á los primeros mediante rescate, y condenaban implacablemente á muerte á los desterrados á quienes cogían con las armas en la mano. Epaminondas se apoderó de una ciudad en la cual había un gran número de fugitivos; los dejó en libertad haciéndolos pasar por ciudadanos de la primera ciudad griega cuyo nombre se le ocurrió (2). Aprovechemos esta ocasión de rendir homenaje á la filosofía, cuyo estudio ocupó la vida entera de Epaminondas; indudablemente su grandeza de alma era natural, pero la filosofía pitagórica tuvo la gloria de desarrollar sus bellas cualidades (3).

§ II.—La política de Tébas.

Epaminondas concibió el ambicioso designio de dar á una ciudad de segundo orden la supremacía que Atenas había conquis-

(1) MONTAIGNE, III, 1.—C. PLUTARCH., *Pelop.*, *Parall.*, 1; ID., *de genio Soer.*, 3, 17.—DIODOR., XV, 57; *Fragm.*, libr. XI, 11.

(2) PAUSAN., IX, 15, 5.

(3) El pitagórico Lysis, dice DIÓDORO, hizo de Epaminondas un hombre per-

tado por su desinterés y Esparta por su virtud guerrera. ¿Se mostró Tébas digna del mando de la Grecia? Parecía que las circunstancias que la elevaron al primer rango le imponían el deber de entrar en la vía de la justicia y de la humanidad que Esparta y Atenas habían abandonado. Víctima de un atentado inaudito contra el derecho de los pueblos, tocábale inaugurar una nueva política que, respetando la libertad y la independencia de los Griegos, llegase á asociarlos. Un filósofo regía sus destinos; ¿no debía esperarse ver reinar la idea de lo justo en las relaciones internacionales? *Aristóteles* dice que la filosofía hizo felices á los Tebanos; un historiador moderno añade que Tébas, bajo el gobierno de Epaminondas, realizó el ideal de la justicia y de la virtud (1). No fué ésta la opinión de la antigüedad. *Demóstenes* dice que los Tebanos abusaron de la hegemonía, del mismo modo que los Espartanos y los Atenenses. Otro orador hace decir á los de Platea que los vecinos de Tebas estaban en un estado de dependencia parecido á la esclavitud, y que quería tratar del mismo modo á todas las ciudades beocias (2). Los hechos dan la razón á Demóstenes. No acusamos á los Tebanos, ni al grande hombre que regía sus destinos. La censura se dirige á la antigüedad entera, aún á los filósofos. La filosofía no se había elevado á la idea de una justicia internacional, porque desconocía el dogma de la unidad humana. Para la gloria de Epaminondas basta el haber brillado en primera fila entre los hombres políticos en el círculo de las ideas y de los sentimientos de la antigüedad. Su gloria refleja sobre su patria. Es una protesta de igualdad que la naturaleza hace contra el orgullo y la vanidad de las razas elegidas. Los Tebanos eran ciertamente inferiores á los Atenenses; sin embargo, entre ellos nació un hombre delante del cual palidecen los brillantes genios de Atenas como los astros de la noche ante la luz del sol.

La hegemonía de Tébas no duró más que algunos años, y se manchó por la ruina de algunas ciudades griegas. Platea fué arrasada, víctima de una antigua animosidad. Thespies fué destruida

fecto en todas las virtudes (*Fragm.*, lib. X, 11; *Excerpt. de virtut. et vit.*, p. 556. C. XV, 39.—PLUTARCH., *Pelop.*, 4.—PAUSAN., IX, 13, 1).

(1) ARISTOT., *Rhetor.*, II, 23.—LEO, *Universalgeschichte*, t. I, p. 292.

(2) DEMOSTH., *de Coron.*, § 18, p. 231.—ISOCRAT., *Plat.*, § 18.

por haber mostrado sentimientos hostiles (1). *Demóstenes* echó en cara á los Tebanos desde lo alto de la tribuna su conducta respecto á sus hermanos de Orchoménes. La ciudad beocia habia continuado bajo la dominacion de la aristocracia, mientras que la democracia triunfaba en Tébas; y de aquí un odio á muerte. Apénas los Tebanos vencieron en Leuctra quisieron marchar contra Orchoménes; el ascendiente de Epaminóndas contuvo la venganza: «Para aspirar al imperio de la Grecia, decia el grande hombre, era preciso conservar por medio de la humanidad lo que se habia adquirido por medio del valor.» Bajo estos auspicios se celebró un tratado de alianza (2); pero entre la democracia y la oligarquía no habia alianza duradera. Se acusó á los oligarcas de haber entrado en una conspiracion con los desterrados para restablecer en Tébas el gobierno aristocrático; el pueblo condenó á muerte á los conjurados y decretó que la ciudad de Orchoménes fuese completamente destruida. Epaminóndas estaba ausente; la horrible sentencia se cumplió. La ciudad fué destruida por el fuego, los hombres fueron muertos y las mujeres y los niños vendidos (3). Se cree, dice *Plutarco*, que si Epaminóndas y Pelópidas hubiesen estado presentes no hubieran tratado los Tebanos á los de Orchoménes como lo hicieron (4). Este elogio de los héroes tebanos es la condenacion de su patria.

A la inspiracion de Epaminóndas se debe tambien el acto más brillante de la hegemonía de Tébas, la rehabilitacion de Mesenia. Un historiador griego dice que con esto se conquistó una gloria inmortal. Verdad es que la política reclamaba esta medida. Los Mesenios arrojados de la Grecia no habian olvidado su odio hereditario hácia los Espartanos; Epaminóndas, devolviéndoles una patria, ponía cima en algun modo á la humillacion de Lacedemonia empezada en Leuctra (5). Pero creemos que el héroe filósofo, que se habia negado á tomar parte en la conjuracion de Pelópidas por escrúpulos de humanidad y de justicia, no se dejó

(1) DIODOR., XV, 46.—PAUSAN., IX, 1, 8.

(2) IBID., XV, 57.

(3) IBID., XV, 79.—MÜLLER, *Orchomenos*, p. 412-415.

(4) PLUTARCH., *Pelop. Parall.*, 1.

(5) DIODOR., XV, 66.—PAUSAN., IV, 27, 5, 6.

guiar en esta circunstancia por el interes. Quería reparar un gran crimen y mostrar á la Grecia que Tébas sobrepujaba á su rival tanto por la humanidad como por el valor.

Las ruinas de Orchoménes, de Tespies y de Platea prueban que la restauracion de Mesenia fué más obra de Epaminóndas que del pueblo tebano. Así Tébas señaló su corta hegemonía por actos de venganza. ¿Pensó en defender la independencía de la Grecia contra los Bárbaros? Aténas habia humillado el orgullo de los Medos. Esparta habia hecho al ménos una tentativa para mantener la dominacion Griega en Asia. Tébas, sintiéndose demasiado débil para conquistar por sus solas fuerzas la supremacia á que aspiraba, buscó desde un principio la alianza de la Persia (1). Entónces se vió el espectáculo más vergonzoso. Los Griegos acudieron de todas partes á la córte del Gran Rey: viéronse allí Lacedemonios, Atenienses, Arcadios. Todos se disputaban los favores de los Bárbaros: Pelópidas tuvo el triste honor de la preferencia. Da vergüenza ver al amigo de Epaminóndas, al representante de la potencia dominante en la Grecia alabarse de que «de los Helenos, solamente los Tebanos habian combatido en Platea entre las filas de los Persas.» La infamia llegaba á ser un título de gloria. Algunos Griegos se vanagloriaron de «no haber empuñado las armas jamas contra el Rey, de haberse negado á acompañar á Agesilao en su expedicion, y de haber turbado los sacrificios, por medio de los cuales el general espartano queria hacerse los dioses favorables.» Si Pelópidas fué bien recibido en la córte de Persia es «por haber destruido el poder de los Espartanos que hacia poco todavia, bajo el mando de Agesilao, hacian temblar al Gran Rey en Susa y Ecbatana» (2). En medio de esta degradacion general consuela el hallar un verdadero Heleno que no se dejó seducir por la aparente grandeza de la monarquía persa. Antíoco, el embajado arcadio, contó á sus conciudadanos que «el Rey tenia multitud de pasteleros, cocineros, coperos, ujieres, pero que, mirándolo bien, no habia visto un hombre que pudiera compararse á los Griegos.» Añadió que

(1) XENOPH., *Hell.*, VII, 1, 33: συνεχῶ; δὲ βουλευόμενοι οἱ Θηβαῖοι ὅπως ἂν τὴν ἡγεμονίαν λάβοιεν τῆ; Ἑλλάδος; ἐνόμισαν, εἰ νέμψαιαν πρὸς τὸν Περσῶν βασιλέα, πλεονεκτήσαι ἂν τι εἰ ἐκείνῳ.

(2) XENOPH., *Hell.*, VII, 1, 34.—PLUTARCH., *Pelop.*, 30.

«sus inmensas riquezas no servían más que para una vana ostentación, que el plátano de oro tan celebrado no daría sombra á una cigarra» (1).

El Gran Rey se dignó conceder todas sus peticiones á Pelópidas. Tendían á debilitar á Lacedemonia y á Atenas, y á levantar la hegemonía de Tebas sobre las ruinas de su poder. Los Tebanos convocaron á los diputados de las ciudades para oír la carta del Rey y jurar observar las leyes que había dado á los Griegos. Pero había todavía en el alma de los Helenos, si no patriotismo, al ménos una viva repugnancia á someterse á las órdenes de los Bárbaros: cada ciudad ambicionaba su alianza en su provecho, pero negándose á obedecer sus órdenes. Los diputados respondieron que tenían encargo de oír las proposiciones y no de prestar juramento. Esta negativa no desanimó á los Tebanos; esperaban obtener de la debilidad de las diversas repúblicas en particular lo que habían rechazado reunidas; pero habiendo respondido los Corintios, á quienes se habían dirigido en primer término, que no tenían necesidad de ligarse con el Rey por juramentos comunes, las demas ciudades imitaron su ejemplo (2).

Así es, dice *Jenofonte*, como se disipó la pretension de los Tebanos al imperio. El historiador griego no es favorable á los rivales de Esparta; sin embargo, es exacta su asercion de que los Tebanos combatieron por la hegemonía, pero que no la poseyeron. Su dominación, como lo hicieron notar ya los antiguos (3), no se fundaba sobre una fuerza que les fuese propia. Habían desempeñado un papel odioso en las solemnes circunstancias en que los Ateníenses y los Espartanos se habían conquistado una gloria inmortal: aliados de los Bárbaros, si la Grecia no sufrió el yugo del extranjero, no tiene que agradecerlo á ellos. No habían llegado á constituir una supremacía fuerte, indisputable, ni aún en los reducidos límites de la Beocia; distinguíanse por su desunion en la misma Grecia, tan dividida desde un principio, y eran por tanto

(1) XENOPH., *Hell.*, VII, 1, 38.

(2) IBID., *Hell.*, VII, 1, 36, 39, 40.

(3) POLYB., VI, 43.

incapaces de dar á la patria griega la unidad que necesitaba para poner fin á sus disensiones interiores y para influir enérgicamente sobre el Oriente. Haciendo la guerra en la Tesalia, Pelópidas recibió en rehenes un niño que fué educado en Tebas. Filippo de Macedonia estaba dotado del genio de la unidad que faltaba á los grandes hombres de la Grecia. Tocó á los Macedonios el acabar la obra que Esparta y Atenas habían intentado en vano.

ver á hacer de las suyas (1). Entonces se sublevaron los aliados. La última lucha sostenida por Atenas por el imperio de los mares, fué ilustrada por las virtudes guerreras de los Timoteos y de los Ificrates. Con ellos pereció la gloria de las armas (2), y por consiguiente, la supremacía de la ciudad de Minerva; la historia debe añadir que no era ya digna de ella. En la guerra contra los aliados hubo un general que á una incapacidad notoria unia el orgullo y el desenfreno: Chares era el favorito del pueblo, y con justo título, dice un historiador griego, porque los Atenieses vivían como él, gastando más dinero en los festines que en los asuntos públicos; habían llegado á exceder en lujo y en molición á los Tarentinos (3). Un decreto, que merece ser calificado de infame (4), impuso la pena de muerte á los que propusieran aplicar á las necesidades de la guerra los fondos destinados á los placeres del pueblo durante la paz (5). Es el espectáculo de Roma en su decrepitud: una nación que no pide más que pan y juegos no es ya digna de su libertad; busca á un amo que le asegure goces materiales, única ambición que le queda. En vano echó en cara Demóstenes á sus conciudadanos el pensar más en fiestas que en la salvación de la República; su patriotismo parecía reanimar algunas veces á sus oyentes, pero esta era una vida ficticia que se extinguía en la impotencia.

La hegemonía, que se escapaba de las manos de las repúblicas griegas, va á ser la herencia de la Macedonia. La Grecia, incapaz de hallar en sí misma la paz y la unión, continuó empleando en medio de su decadencia las fuerzas que le quedaban en guerras interiores; debía acabar por ser presa del extranjero. Por una providencial felicidad, sus vencedores salieron de su mismo seno, y pudieron continuar la misión gloriosa de la raza helénica. Las relaciones de los Griegos con el imperio persa, después de la muerte de Epaminondas, y el estado interior de la Grecia, son la justificación más brillante del advenimiento de Alejandro.

(1) BOECKH., t. II, p. 191.—C. PLUTARCH., *Phocion*, 11, 13.

(2) C. NEP., *Timoth.*, c. 4.

(3) THEOPOMPE., ap. ATHEN., XII, 44; IV, 61.

(4) MABLY, *Observaciones sobre la historia de la Grecia*, libro II (t. V, página 107).

(5) HARPOCRAT., v.º θρωπιζά.

§ II.—La Grecia y la Persia.

El imperio persa estaba en plena decadencia, y sin embargo, el Gran Rey mandaba á los Helenos. Bajo Artajerjes, parecía inminente la disolución de la monarquía de Ciro. Las insurrecciones de los sátrapas comprendían todas las provincias occidentales y marítimas (1); hubiera bastado el apoyo de la Grecia para derribar al coloso persa. Pero los Griegos estaban más desunidos que nunca: cada república veía su salvación en la debilidad de sus vecinos, y consideraba su prosperidad como la mayor de sus desgracias. Aun el ilustre orador, que concentraba en su alma todos los sentimientos patrióticos que aún conservaba la Grecia, no se elevaba por encima de las pasiones y de los intereses de su ciudad natal: «El interés de la República, dice, está en la debilidad de los Espartanos y de los Tebanos; éstas son las condiciones de nuestra seguridad y de nuestra grandeza» (2). Desde lo alto de la tribuna ateniense emitió Demóstenes el impío deseo de que los Tebanos, fieles á su política cruel, continuasen oprimiendo á los pueblos de la Beocia, sus hermanos (3). ¡Triste testimonio de la división helénica! La idea de una patria griega había desaparecido para no dejar en los espíritus más que una mezquina ambición y odiosas rivalidades.

En semejante estado de cosas era imposible una liga de los Griegos contra los Persas; era tan grande su animosidad, que tenían más confianza en el Gran Rey que en sus conciudadanos; cada ciudad se cuidaba de sus propios intereses abandonando los de la Grecia (4). Léjos de aprovecharse de la debilidad de los Bárbaros, los Reyes Persas impusieron á los Griegos la paz y la concordia, para atraerlos á su servicio (5). Artajerjes, que temblaba

(1) DIODOR., XV, 90.

(2) DEMOSTH., *Pro Megalop.*, § 4, p. 203; c. *Aristocr.*, § 102, p. 654.

(3) *IBID.*, c. *Leptin.*, § 109, p. 490.

(4) DEMOSTH., *De Class.*, § 3, 6, p. 179.

(5) DIODOR., XV, 38, 50.